

SERMON

PARA DAR PRINCIPIO

Á LA SANTA MISION.

(DE SANTANDER.)

Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.

Como el Padre me envió, así también yo os envío.

S. Juan, c. 20, v. 21.

Después que nuestro buen Dios, rico en misericordias, magnífico en santidad, infinito en atributos y perfecciones, sacó de la nada esta hermosa fábrica del universo; después que crió los cielos y la tierra, y cuanto contienen en su centro; después que dejó perfectas todas las cosas, y con arreglado primor cuantas criaturas salieron de sus manos; vió la infeliz caída del linaje humano en el pecado de Adán, é inficionada toda su posteridad por esta primera culpa. Y tocado su piadoso corazón de un dolor vivo, al mirar perecer tantas criaturas, y que anegado el mundo en una inundación de vicios, y oprimido con una espesa nube de pecados, no acertaba, ni aun podía sin su gracia buscar la luz, y libertarse del naufragio, procuró proporcionarle los medios para su restablecimiento. La elección del pueblo hebreo, entre todas las naciones del universo, la formal intimación de su divina ley, los estupendos prodigios que obró con ellos el Señor, abriendo los mares, deteniendo los ríos, lloviendo sobre ellos sabrosos mantenimientos, conduciéndolos noche y día por el espacio de cuarenta años con mas vigilante esmero que un caritativo padre podía hacerlo con sus mas tiernos y queridos hijos; testigos son abonados de sus misericordias y piedades. El suscitar en diversos tiempos hombres irreprehensibles, profetas santos, que anunciasen con valentía y zelo la divina palabra, y procurasen llevar los hombres al conocimiento y amor de su Criador; medios eran á la verdad proporcionadísimos para el restablecimiento del mun-

PARA DAR PRINCIPIO Á LA SANTA MISION.

45

do. Pero no habiendo bastado estos ni otros muchos, echó el sello á sus finezas, mostró lo grande, lo excesivo, lo inmenso de su caridad para con los hombres, enviando al mundo su Unigénito para nuestra salud y remedio. Apareció con efecto la benignidad y humanidad de nuestro Salvador Jesus, y nos enseñó con su ejemplo y su doctrina á negarnos á la impiedad y á los deseos seculares; á vivir sobria, justa y santamente en este siglo; á conocer la verdad y la vida; á guardar su santa é inmaculada ley, y ser santos y perfectos como él; y con esta venida y sus efectos lograron cumplida recompensa sus eternos deseos é inmensas liberalidades.

Esta fué la mision mas grande, mas universal, mas sublime y mas perfecta que se ha visto ni verá en la dilatada carrera de los siglos: mision, que es el modelo, el ejemplar y la pauta de todas las misiones: mision grande por el que la envía, grande por el enviado, universal por ser para todos los hombres pasados, presentes y por venir; sublime y perfecta, por haberse ejecutado con la práctica de las mas heroicas virtudes, por medio de las cuales se vió mudar de aspecto el universo. Oyóse la divina palabra hasta en los extremos de la tierra; arruináronse los ídolos, demoliéronse sus templos; destruyóse el gentilismo; resonaron las divinas alabanzas noche y día en los poblados y desiertos, llenándose estos de innumerables monjes, que ángeles en las costumbres, aunque hombres en la naturaleza, vivían una vida toda celestial y divina. Triunfó en fin la Religión cristiana, por mas que los grandes de la tierra, los príncipes y emperadores pretendieron arruinarla, sirviendo sus iras, sus tormentos y martirios, para que innumerables cristianos diesen la vida por Cristo, y subiesen á gozarle en el empireo.

Pero como la humana fragilidad es grande, los enemigos que nos combaten poderosos, y los asaltos continuos, aunque fué esta mision superabundante á la conversión de mil mundos, volvió á resfriarse la caridad, y á prevalecer la culpa. Inundaron la tierra los hurtos, las maldiciones, los adulterios; corrompió la carne su camino; llegó á dominar la soberbia, la avaricia, la envidia y la venganza. Faltó la instrucción en los niños, adelantóse la malicia en los jóvenes, y acompañó hasta el sepulcro el pecado á los ancianos. Deslucióse la hermosura del cristianismo, vilipendióse el estado sacerdotal, y perdióse

el sagrado decoro á los santos templos. Pero acordándose el Señor de sus antiguas misericordias, ha hecho aparecer en la ley de gracia, aun con mas frecuencia que en la ley antigua, muchos y grandes varones apostólicos, que ya fundando esclarescidas religiones, ya con lo inculpable de sus santas vidas, ya con lo ardiente de sus zelosas predicaciones, procurasen, á imitación de Jesucristo, instruir los pueblos, y llevarlos al conocimiento y amor de su Criador. Sin que sirviese de impedimento á los magníficos designios de su Majestad, el que los instrumentos que elegia, fuesen débiles, inútiles y sin provecho; ántes en ellos aparecía mas la gloria del que los enviaba, pues no eran ellos los que hablaban, sino el espíritu del Padre celestial que hablaba en ellos: *Non enim vos estis qui loquimini, sed spiritus Patris vestri qui loquitur in vobis* (1).

Nosotros pues, aunque sin mérito, somos anumerados en la clase de tan dichosos obreros. Enviados venimos del grande Hijo de Dios, y con los mismos designios que su eterno Padre le envió á él: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*. Venimos como embajadores del Altísimo para anunciaros vuestra mayor felicidad: *Pro Christo ergo legatione fungimur* (2). Venimos predicando penitencia para remision de los pecados en nombre de Jesucristo, ó para hablar con palabras del Apóstol, Jesucristo os predica por nosotros: *Tamquam Deo exhortante per nos* (3). No desestiméis por tanto nuestro ministerio, aunque seamos por nuestras personas inútiles y sin provecho, pues el mismo Dios afirma que recibirá por suyas las injurias que hiciesen á sus ministros: *Qui vos spernit, me spernit*; y si nos oyeseis como enviados del Señor, oiréis al mismo Señor, como él nos lo asegura, diciendo: *Qui vos audit, me audit*. Y para que quedéis perfectamente instruidos de cuanto pertenece á esta mision, escuchád atentamente lo que Dios pretende en ella, lo que nosotros pretendemos, y lo que debéis vosotros pretender; pues del conocimiento de la persona que envía, de la que es enviada, y de aquellos á quienes se envía, claramente se conoce la gravedad é importancia de una embajada. Oíd pues en tres palabras todo el asunto de esta introduccion: designios de Dios en esta mision; nuestros designios en esta mision, y cuáles deben ser los vuestros en esta mision.

(1) *S. Matth. c. x. v. 20.* (2) *Epist. II. Div. Paul. ad Corint. c. v. v. 20.* (3) *Epist. II. Div. Paul. ad Corint. c. v. v. 20.*

Espíritu santo, Espíritu de luz y de amor, venid, venid á repetir con abundancia vuestros soberanos dones sobre el predicador y sus oyentes. Venid, ó Espíritu de consolacion, y encendéd nuestros corazones en el fuego de vuestro divino amor, para que aborrezcamos el pecado y sigamos la virtud. Y vos, Reina de los ángeles, Virgen inmaculada, pastora divina de las almas, sed nuestro amparo contra los acometimientos del lobo infernal, para que no prevalezca contra nosotros, y oigamos con fruto la divina palabra. Glorioso san Miguel arcángel, san Buenaventura y santa María Magdalena, protectores de esta mision, ayudadnos con vuestros ruegos para dar feliz principio.

No necesitamos, cristianos oyentes míos, un largo y prolijo discurso para manifestaros los designios de Dios en esta mision que emprendemos por su orden. Una leve reflexion sobre los designios de la venida de Jesucristo al mundo, os los dará á conocer con toda claridad, pues ya os he dicho son los mismos los que Dios tiene en esta mision, que los que tuvo en la de su Unigénito soberano. Vino Jesucristo al mundo, nos dicen las santas Escrituras, para dar una nueva vida de gracia á los justos; vino para convertir los pecadores, y vino para castigar los rebeldes y obstinados. Entendédlo bien, señores. Apénas descende de las alturas el Príncipe de las eternidades, cuando aumenta en su madre los ímpetus heroicos de su amor, multiplica en su padre el ejercicio en las mas altas virtudes, santifica al Bautista con su presencia, eleva á Isabel á la clase de profetisa, y á Zacarías le hace prorumpir en sagrados cánticos y divinas expresiones. Apénas nace, cuando los pastores le veneran, los magos le adoran, Ana la profetisa es iluminada con altos y sobrenaturales conocimientos, y el venerable anciano Simeon se alegra y regocija; le confiesa por hijo del eterno Padre, por el Mesías prometido, por la luz del mundo, por la gloria de Israel, y solicita con suspiros ser desatado de las cadenas del cuerpo para pasar al descanso y gozo eterno. Toda su vida santísima fué un exacto cumplimiento de la verdad de aquel divino Oráculo: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant*. Yo he venido, (son palabras del Señor) para que los justos reciban con abundancia un nuevo aumento de gracia (1).

Yo he venido, dice tambien su Majestad, para reducir al apris-

(1) *S. Joann. c. x. v. 10.*

co de mi eterno Padre las descarriadas ovejas de Israel; para atraer los pecadores al conocimiento de la verdad, para sacarlos de sus errores, para librarlos del pecado, y resucitarlos de la muerte de la culpa: *Venit... quærere, et salvum facere quod perierat* (1). Dígalo una Samaritana, que viniendo inmunda al pozo de Sichar, halla al Señor que la ofrece agua viva, y la convierte en un momento de lazo de Satanás en predicadora del verdadero Mesías; dígalo la Magdalena, pública pecadora, convertida en fiel discípula y fina amante del Salvador; cuéntelo Mateo, arrancado del banco de las usuras; refiéralo Zaqueo, hecho honrado huésped de Jesucristo; y publíquelo en fin todos los habitantes del mundo, que á la voz del Evangelio y su doctrina derribaron los ídolos, abjuraron sus errores, y de maestros de las tinieblas se hicieron discípulos de la luz. Mirad cuán cierto es, que el segundo designio de la venida del Señor fué la conversión de los pecadores: *Christus Jesus venit...* (lo dice el apóstol san Pablo) *peccatores salvos facere* (2).

Pero no solo vino el Señor para dar á los justos una nueva vida y un mayor aumento de gracia; no solo descendió del cielo para sacar los pecadores del lastimoso estado del pecado, sino tambien apareció entre los hombres para castigar los rebeldes, tercos y endurecidos, que despues de tantos ejemplos, milagros y doctrinas se obstinaban en su pecado: *Positus est hic in ruinam... multorum in Israël* (3). Aquel pueblo tan amado del Señor, aquella nacion hebrea, que habia sido tantos siglos el objeto de los cariños de un Dios, aquella gente tan favorecida con los prodigios del cielo y con las abundancias de la tierra, desconociendo el tiempo de su visitacion, llenó el número de sus excesos fijando á Jesucristo en una cruz, y en pena de este formidable deicidio es hoy la nacion infame, la nacion abatida, perseguida y prófuga sobre la tierra, y será despues de sus dias arruinada y sumergida en los mas hondos calabozos del infierno. En suma, cristianos míos, Jesucristo vino para aumentar la virtud en los justos: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant*; Jesucristo vino para salvar los pecadores: *Venit Jesus peccatores salvos facere*; Jesucristo vino para ser juez rectísimo que castigase la ingratitud de su pueblo: *Positus est hic in ruinam multorum in Israël*. Estos son los tres designios que tuvo

(1) *Luc. c. XIX. v. 10.* (2) *Epist. I. Div. Paul. ad Timot. c. I. v. 15.*

(3) *Luc. c. II. v. 34.*

el eterno Padre en la mision de su Hijo soberano al mundo, y estos mismos son sus designios en la nuestra: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*. No hay pueblo alguno donde no pretenda el Señor un conocido aumento de virtud en los justos, unas conversiones ilustres en los pecadores, y unos evidentes castigos en los endurecidos y obstinados.

Sí, almas justas: comprendéd bien esta verdad. A vosotras que os halláis en gracia y amistad de Dios, á vosotras es á quien Dios envía primeramente esta mision, para que aborrezcáis mas el vicio, estiméis mas la virtud, huyáis mas las ocasiones de pecar, y os fortifiquéis mas en vuestros buenos propósitos. Para que todos, hombres y mujeres que se hallen en gracia en este pueblo, frecuenten mas y mejor los sacramentos, se dediquen con mas puntualidad y atencion á la oracion, con mayor fervor á la mortificacion y penitencia, y con mas zelo y cuidado al desempeño de sus respectivos estados y ministerios. Sí, buenos hijos: Dios viene á vuestro pueblo, para que seáis mas obedientes á vuestros padres, mas vigilantes en huir las ocasiones, tratos, juegos y comunicaciones con personas del otro sexo, que pueden arruinar y corromper vuestra pureza, inocencia y santidad. Sí, personas justas, que vivís como conviene en el santo matrimonio: Dios aparece entre vosotras, para que os améis mas tiernamente, os guardéis la prometida fidelidad mas constantemente, os sirváis mas oficiosamente, os sufráis unos á otros mas pacientemente, y para que criéis vuestros hijos mas cuidadosamente. No lo dudéis, señores: Dios envía esta mision, para que todos los justos reciban un nuevo aumento de virtud en la vida de la gracia. *Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant*. Ah, cristianos! ¡con qué gusto os haria yo aquí una larga enumeracion de tantas honestísimas doncellas que en los pueblos donde hemos hecho mision, son en el dia las delicias de Dios, á quien tiernamente aman, fielmente sirven, y constantemente adoran! ¡Qué espectáculo tan agradable verlas, con la labor en las manos y el corazon en el cielo, ofreciendo en la divina presencia su espíritu y sus potencias! ¡Qué es ver á tantas casadas, á tantas viudas, á tantos jóvenes, viudos y casados, adelantarse en la virtud, y en los ejercicios y ocupaciones exteriores, correr, con el corazon en Dios, á la cumbre de la perfeccion! ¿Pues por qué no podremos pensar que este primer designio de Dios, verificado en todos los pueblos, se verificará tambien en este?

? Quién nos podrá privar de este consuelo? ¿Seréis vosotros, pecadores? ¿Pero cómo es posible, siendo vosotros los que Dios busca en segundo lugar para convertirlos, para sacarlos del infeliz estado del pecado, y colocarlos en la clase de los hijos amados de Dios? Vosotros, es verdad, os halláis enemigos suyos, desheredados de la gloria, y destinados para arder eternamente en el infierno: vosotros perdéis todos vuestros trabajos, afanes y desvelos, inutilizáis todas vuestras buenas obras por ser hechas en pecado mortal, y al paso que se prolonga vuestra vida, se aumenta y acrecienta vuestra eterna pena: vosotros vivís maldiciendo, jurando, blasfemando, aborreciendo, lujurando, hurtando, murmurando, y atropellando la casta é inmaculada ley del Señor: vosotros os dejáis arrastrar de las pasiones, cerráis los ojos á las luces del cielo, y os ensordecéis á las voces de vuestra misma conciencia que os acuerda vuestra perdición; pero *ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis*: este es el tiempo que ha destinado la divina Providencia para recibirlos con misericordia: este es el día en que podréis cobrar salud. Esta es la hora, en que dejando los vicios, abandonando los pecados, confesando las culpas, y haciendo frutos dignos de penitencia, conseguiréis la salvación. Este es el momento dichoso en que los que callan pecados por vergüenza en la confesión, los han de manifestar al confesor; los que retienen los bienes ajenos, los han de restituir; los que murmuran, han de enmudecer; y los que lujurian, se han de mortificar. Ah, pobres pecadores! ¿Por qué no se verán en vosotros aquellas mutaciones felices que en otras almas perdidas hemos visto en otros pueblos? ¡Cuántos deshonestos convertidos en castos! ¡cuántos vengativos perdonar de corazón á sus enemigos! ¡cuántos glotonos hacerse sobrios! cuántos avaros mudados en limosneros! ¡cuántas damas arrojar sus profanas galas, y vestir con honestidad! ¡cuántos jóvenes y doncellas abandonar los bailes, las comedias, los teatros y los cortejos! ¡cuántas casas de juego y embriagueces quedaron desamparadas, trasladándose sus concursos á los hospitales y los templos! Ó Dios! y qué grandes son vuestras misericordias! ¡Cuántos millares de pecadores se hubieran sumergido en el abismo si vos no los hubieráis llamado en la santa misión á penitencia! ¿Quién podrá impedir que á vosotros suceda lo mismo? Solo vuestro endurecimiento. Sí, señores: vuestra ingratitud, vuestra rebeldía, vuestra obstinación serán la causa. Pues



advertid, cristianos, que si el primer designio de Dios es aumentar la virtud en los justos, si el segundo designio es convertir los pecadores, el tercero y formidable designio es castigar los tercos, los rebeldes y obstinados.

No penséis que vengo á atemorizaros con historias las mas auténticas de horrorosos castigos que ha hecho Dios con los endurecidos y rebeldes á su voz, manifestada por la boca de sus ministros. No esperéis tampoco que os ponga presentes los formidables lances de muertes repentinas, y otras fatalidades que nosotros mismos hemos presenciado en personas, que saliendo de nuestras misiones con salud perfecta, no llegaron vivas á sus casas. No, amados oyentes: estoy hecho cargo de la ilustración de nuestro siglo, y sé muy bien que todos confesarán que pudo andar la mano de Dios en estos castigos; pero que también pudieron acaecer por meras causas naturales, incógnitas á nosotros. Es así. Por lo mismo omito estas pruebas, y las omitiré en toda la serie de la misión, sin producir jamás alguna á que podáis hallar salida, ó razonable excusa. Se acabaron ya en España las pasmarotas de los misioneros, como soliais decir; se acabaron las gerundiadas de los predicadores con que hemos sido la burla y risa de las naciones cultas. Ya ha querido Dios que á las palabras de autores incógnitos y despreciables, y á sus asuntos ridículos y extravagantes, les sustituyan los santos Padres, las divinas Escrituras y las verdades eternas. Oíd pues, que así habla Dios: *Vocavi, et renuistis* (1). Yo, Dios eterno, sabio y santo, que todo lo ejecuto en número, peso y medida, señalando á cada criatura con una ciencia tan oculta, como infalible, los días que ha de vivir, los auxilios que le he de dar, y los pecados que le he de permitir; yo pues, con una predilección inestimable sobre este pueblo entre todos los del universo, os he llamado, os he dado voces, he extendido mi mano poderosa al remedio vuestro; pero no habéis querido oírme, no habéis querido mirarme. Pues sabéd que mi palabra no volverá vacía: ella os acusará, ella os sentenciará, ella os condenará en el último día de los tiempos. Allí se levantarán los ninivitas que hicieron penitencia cuando les predicó Jonas. Allí Tiro y Sidon clamarán, que si en ellas se hubieran oído mis palabras, hubieran hecho penitencia cubiertas de ceniza y de cilicio, y todas pedirán vues-

(1) *Proverb. c. i. v. 21.*

tra eterna perdición. Allí vosotros mismos suspiraréis, gemiréis y pediréis misericordia; pero yo me reiré de vosotros, os dejaré abandonados, y quedaréis eternamente excluidos de mi presencia. Ninguno, dice Dios, ninguno de cuantos he llamado, y no han querido responder, entrará en el cielo: *Nemo virorum illorum qui vocati sunt, gustavit cœnam meam* (1). Formidable castigo! pero pena justamente merecida, y con que amenazaba san Agustín á sus oyentes, cuando les decía: no será ménos culpable el que oyese con negligencia la palabra de Dios, que el que por su descuido dejase caer en tierra el cuerpo de Jesucristo. Castigo horrendo, dice san Cesario; porque así como el cuerpo muere faltándole el alimento, así perece el alma que no recibe la palabra del Señor. Pero cuando faltos de fe y de razón no os rindáis á las amenazas de Jesucristo y de sus santos, dad crédito siquiera á vuestros mismos ojos. ¿No veis cómo con un mismo calor del sol se endurece el barro y se ablanda la cera? ¿No miráis cómo con unas mismas aguas crecen fértiles los panes y las infructuosas espinas? ¿No reflexionáis cómo creciendo los panes, sirven de alimento al hombre, y aumentándose las espinas sirven para pasto de las llamas? ¿Pues cuál será el paradero de los que sumergidos en el cieno y barro de sus culpas, se endurecen con la palabra de Dios? Los dejará el celestial Alfarero como cascós inútiles perdidos, sin esperanza de que jamas se puedan restablecer en vasos de honor y gloria. ¿Qué paradero tendrán las espinas que crezcan mas viciosas con la abundante lluvia de esta agua tan preciosa que el cielo les dispensa? *Segeti pluit ad horreum, spinis ad ignem*, dice san Agustín: pararán, pararán en ser pasto y alimento de las voraces llamas del abismo. Allí, hombres endurecidos y obstinados, sentiréis el castigo de Dios por no haberos rendido á su palabra: allí, mujeres infelices, que os quedaréis por vuestra terca voluntad en vuestras culpas, aumentaréis el número de aquellas desventuradas almas, que sacrificadas á todos los rigores de la divina justicia, entre incendios, entre sombras, entre tinieblas, y entre demonios, padecen y padecerán los tormentos mas atroces, las penas mas insufribles, y los castigos mas horrendos por los siglos sempiternos. No olvidéis pues jamas esta verdad: que los designios de Dios en esta santa mision, que por su orden empezamos, son que los justos se adelanten en

(1) *Luc. c. XIV. v. 24.*

la virtud; que los pecadores se conviertan, y que sean castigados con un abandono eterno los endurecidos y rebeldes á su palabra. Pasemos ya á deciros nuestros designios, pues que sabéis los de Dios.

El grande apóstol san Pablo, escribiendo á los corintios, les dirige unas palabras las mas propias para significar nuestros designios en la mision presente: *Non enim quero quæ vestra sunt, sed vos* (1). Entendéd, les dice, que me hallo preparado para ir á vosotros la tercera vez, pero con los mismos pensamientos que en las antecedentes: entónces, hallándome en vuestra compañía, y teniendo necesidad, no fuí gravoso á persona alguna. Manténíame de las limosnas que por caridad me suministraban los hermanos: *Cùm essem apud vos, et egerem, nulli onerosus fui; nam quod mihi deerat, suppleverunt fratres* (2). Yo buscaba solamente la salvacion de vuestras almas, no la adquisicion de vuestras haciendas; buscaba á vosotros mismos, no vuestros aplausos, ni vuestras estimaciones: procuraba manifestarme, como ministro de Jesucristo, pasando con igualdad de espíritu por la fama, y por la infamia; y con tal que yo ganase vuestras almas para Dios, me era indiferente que me trataseis de engañador, ó me estimaseis por predicador de la verdad. Esto mismo pretendo ahora. Voy á anunciaros la divina palabra, con el fin de libertaros del cautiverio de satanas, de sacaros del infeliz estado de la culpa, y restituiros á la amistad de vuestro Dios. Á vosotros pues, cristianos, busco yo, no vuestras cosas: *Non enim quero quæ vestra sunt, sed vos*. Este hermoso pasaje del Apóstol manifiesta, como he dicho, nuestros designios en esta santa mision, y con la mayor claridad. Nosotros, dejando la amable compañía de nuestros religiosos, la envidiable paz de nuestros claustros, y la quietud inestimable de nuestras celdas, entramos impelidos de la caridad de Jesucristo en este pueblo, no á buscar vuestras estimaciones, sino vuestras almas, no vuestras haciendas, sino á vosotros mismos: *Non enim quero quæ vestra sunt, sed vos*. Ved aquí nuestros pensamientos y deseos en esta santa mision; la salud de vuestras almas es lo que pretendemos, y si llegamos á conseguirla, reputaremos superabundantemente recompensadas nuestras fatigas, y sobradamente pagados nuestros trabajos y desvelos. Jesucristo nos enseñó este designio ántes del Apóstol,

(1) *D. Paul. II. ad Corinth. c. XXII. v. 14.* (2) *In ead. Epist. c. XI. v. 9.*